

El desarrollo de la teoría del desarrollo

El desarrollo del capitalismo estuvo en el centro del pensamiento económico durante el siglo posterior a la publicación, en 1776, de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith. Esa era la preocupación fundamental de la economía política clásica. Durante el último cuarto del siglo XIX y hasta alrededor de 1950, esta preocupación, y la propia economía política, fueron desplazadas de la corriente principal del pensamiento económico. Se impusieron la teoría económica neoclásica, con su énfasis en la conducta de los productores y consumidores individuales en mercados perfectos o imperfectos, y las teorías que trataban de explicar la inestabilidad cíclica del capitalismo.

El tema del desarrollo sólo comenzó a retornar al pensamiento económico en los años 50, pero ahora referido al problema económico de los países que no habían llegado a industrializarse hacia esa época. El desarrollo económico de los países subdesarrollados, que es lo que realmente tenemos en mente cuando hablamos ahora de la teoría del desarrollo, es un tema muy reciente en la evolución del pensamiento económico. Difícilmente algún libro publicado antes de 1950 contenía la palabra desarrollo en su título, las universidades no ofrecían cursos sobre la materia, no existían institutos especiales de desarrollo, ni expertos en este campo. La asistencia técnica, tal como la conocemos ahora, sólo se convirtió en una operación sustancial con el programa del Punto IV del Presidente Truman y con el programa de asistencia técnica de la O.N.U.

Esta primera reunión interregional de las cuatro asociaciones que representan a cientos de instituciones y miles de investigadores dedicados a los estudios sobre el desarrollo en África, Asia, Europa y América Latina, refleja la enorme importancia que los estudios y actividades sobre el desarrollo han adquirido a lo largo de las últimas dos décadas.¹

¹ Primera Reunión Interregional sobre la Investigación, la Comunicación y la Enseñanza del Desarrollo, realizada en el Instituto de Estudios del Desarrollo, Universidad de Sussex, del 12 al 16 de septiembre de 1976, y organizada conjuntamente por el Instituto y el Centro de Estudios del Desarrollo de la OECD. Este artículo es una versión revisada del discurso pronunciado por el autor en la sesión inaugural de dicha reunión.

Pero el auge de que ha gozado el t6pico del desarrollo est1 en total contraste con la crisis del proceso de desarrollo. Una de las consecuencias ha sido una reevaluaci6n cr1tica del pensamiento y de las pol1ticas. En un momento en que se proponen nuevas pol1ticas, estrategias y modelos de desarrollo, puede ser 1til detenerse y contemplar la evoluci6n del pensamiento sobre la materia. La interacci6n entre la teor1a y la pr1ctica del desarrollo a lo largo de las dos 1ltimas d1cadas puede proporcionar importantes lecciones para el futuro.

Examinar1 la evoluci6n del pensamiento sobre el desarrollo en los 1ltimos 25 a1os desde tres perspectivas principales: la naturaleza de las sociedades que constituyen el "objeto" de la teor1a y su contexto internacional; la naturaleza de la teor1a econ6mica de que se dispon1a cuando el desarrollo se transform6 en un tema fundamental en la d1cada de 1950; y las reacciones en el pensamiento sobre el desarrollo causadas por las consecuencias del propio proceso de desarrollo.

Antes de emprender esta dif1cil tarea —una especie de sociolog1a del conocimiento del pensamiento sobre el desarrollo— me gustar1a recalcar que este ejercicio no est1 basado en una investigaci6n sistem1tica, sino m1s bien en la experiencia personal; que esta experiencia es esencialmente la de Am1rica Latina —y por lo tanto de la abrumadora presencia hegem6nica de los Estados Unidos; y que es la experiencia de un economista.

Empezar1 por referirme a algunas de las principales caracter1sticas estructurales de las econom1as subdesarrolladas alrededor de 1950, como tambi1n a algunos cambios b1sicos que se estaban produciendo internamente y en el contexto internacional.

La mayor parte de los pa1ses subdesarrollados a1n eran colonias en ese tiempo, algunos hab1an llegado a ser independientes recientemente, y otros —la mayor1a de los pa1ses latinoamericanos— hab1an sido independientes por m1s de un siglo. Todos estaban estrechamente vinculados econ6mica, pol1tica y culturalmente a alguno de los principales pa1ses industrializados, al cual exportaban productos primarios y excedentes financieros, y de los cuales importaban manufacturas, recursos humanos, inversiones, tecnolog1a, instituciones, ideas, valores, y, en general, cultura.

La magnitud del sector que "consum1a" esas importaciones —el llamado sector moderno— depend1a b1sicamente de tres factores: a) el tama1o del excedente total generado por el sector exportador; b) la proporci6n de este excedente que los grupos dirigentes locales lograban retener para el consumo o la inversi6n (mientras m1s invert1an localmente m1s se expand1a su base productiva); y c) el grado hasta el cual los grupos dirigentes explotaban el resto de la

sociedad, sea mediante la preservación parcial y la explotación de las instituciones y las culturas locales preexistentes, como a través de su destrucción parcial a fin de generar un suministro abundante de tierra y de mano de obra barata. Como consecuencia de esto, la economía, la sociedad, la política y la cultura nacionales eran altamente heterogéneas; subsistían varios modos de organización socio-económica, política y cultural pero su interacción se realizaba esencialmente bajo relaciones capitalistas de comercio y/o de producción.

Los efectos de la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial, la descolonización y la Guerra Fría, contribuyeron en muchos países a un profundo cambio en el balance de poder dentro de las clases dirigentes. Los grupos relacionados más estrechamente con los intereses exportadores e importadores tradicionales se debilitaron, y se fortalecieron nuevos sectores de la clase media: profesionales, pequeños empresarios, inmigrantes con experiencia y habilidad empresarial, industriales —allí donde previamente se había desarrollado alguna industria—, artesanos, funcionarios, algunos sectores de empleados y obreros. El objetivo básico de estos nuevos grupos sociales era la promoción de la industrialización como un medio para generalizar las pautas de consumo y los estilos de vida que sus élites habían adquirido a través de la importación de los estilos de vida de los países industriales (el "efecto de demostración," como fue llamado entonces). Para hacer posible esto, los nuevos grupos sociales tenían que afirmar su control sobre el sector externo para poder captar una mayor proporción del excedente, necesaria para financiar un consumo y una inversión crecientes. De esta manera, el Estado llegó a ser el instrumento fundamental de una nueva política destinada a la reproducción local de las características de los países capitalistas maduros; industrialización, modernización agrícola, infraestructura, servicios sociales, etc. Los países que tenían todas estas cosas eran los países desarrollados; los que no las tenían eran subdesarrollados, y el desarrollo era el proceso de transición de una situación a la otra.

Esta conceptualización del desarrollo fue intensamente promovida desde el exterior, particularmente por los Estados Unidos —el nuevo centro motriz del sistema capitalista— como un importante instrumento de política exterior en el contexto de la Guerra Fría. El apoyo externo a las clases dirigentes nacionales contra cualquier desafío de la izquierda llegó a ser un objetivo extremadamente importante en el campo capitalista². Por otra parte, las clases dirigentes nacio-

² Este no fue solamente el caso en el mundo subdesarrollado, sino más aún el de Europa; los principales instrumentos fueron la NATO, el plan Marshall y la integración económica europea.

nales en los países subdesarrollados veían a los Estados Unidos y a Europa Occidental como guardianes de sus intereses —a quienes recurrir en caso de necesidad—, y como modelos sociopolíticos y económicos, a quienes se debía imitar. El desarrollo del capitalismo industrial moderno en esos países llegó a ser, por lo tanto, la meta común a largo plazo de las clases dirigentes de esos países y de los Estados Unidos. Esto contribuyó frecuentemente a una aceleración de la desintegración de los imperios coloniales europeos y a un mayor fortalecimiento de los Estados Unidos como el superpoder capitalista.

Veamos ahora rápidamente el pensamiento de que se disponía alrededor de 1950, para ayudar a los estadistas, expertos y asesores de esa época a formular sus ideas acerca de las políticas más adecuadas para el desarrollo de los países subdesarrollados.

Existía por supuesto, la economía política, el *locus classicus* del análisis del surgimiento y expansión del capitalismo industrial en Gran Bretaña. Pero los escritos de los padres fundadores de la economía política se consideraban superados por el progreso científico de la disciplina, y por lo tanto habían sido relegados al papel de piezas de museo en la historia del pensamiento económico. El principal aporte analítico de la economía política clásica —las relaciones entre la expansión del modo de producción capitalista y la operación del mercado con los cambios en la estructura de las clases sociales y la consiguiente redistribución y uso del poder, en el contexto histórico de la expansión imperialista del capitalismo industrial— fue precisamente lo que había sido expurgado de la economía política y reemplazado por la teoría económica “positiva”. El cuerpo de pensamiento más amplio y relevante heredado de la economía política clásica —el marxismo— había sido suprimido en todas partes: en el mundo capitalista por el McCarthysmo, en el socialista por el stalinismo. En nombre del progreso científico y de la Guerra Fría, la dinámica sociopolítica del capitalismo había sido exorcisada de la economía, imponiéndose dos escuelas principales de economía “pura”: la teoría económica neoclásica, incluyendo la teoría de las ventajas comparativas en el comercio internacional, y la macroeconomía keynesiana, con sus variantes de corto y largo plazo.

Estas corrientes teóricas correspondían íntimamente a las necesidades y características del capitalismo avanzado: maximizar la utilidad de empresas y consumidores individuales en los mercados nacionales e internacionales, por una parte, y por la otra, evitar la inestabilidad cíclica con políticas de pleno empleo en el corto plazo y de crecimiento en el largo plazo. Pero para los países subdesarrollados, con las características antes descritas, las políticas derivadas de estas corrientes de pensamiento económico equivalían a un drástico pro-

grama de transformaciones sociopolíticas, económicas y culturales, puesto que muy pocos de los supuestos subyacentes en la economía neoclásica y keynesiana estaban presentes. O, para ser más precisos, estos supuestos sólo correspondían a un segmento de la realidad, aquél más estrechamente vinculado con el sector exportador y las grandes ciudades. La moneda no era un medio universal de intercambio, era usada en transacciones urbanas y hasta cierto punto en las urbano-rurales, pero raramente dentro (o entre) las comunidades rurales. Con la excepción de algunas de las actividades de exportación, y del sector urbano, difícilmente podía hablarse de un mercado de trabajo, ya que mucha gente permanecía vinculada a comunidades agrarias y otras instituciones rurales. Las empresas y los empresarios modernos, de tipo capitalistas, eran fundamentalmente extranjeros y se encontraban principalmente en el sector exportador y en el mercado y sólo en pequeño grado en un sector manufacturero muy precario. El capital social básico —camino, energía, comunicaciones, ferrocarriles, puertos, etc.— también se concentraba en torno a las actividades de exportación y de las ciudades principales; éstas estaban de hecho en mejor y más fácil contacto con los centros metropolitanos que con el interior de su propio país. La educación estaba restringida a una pequeña élite urbana. Las instituciones financieras, excepto algunas sucursales de bancos extranjeros eran escasas y de capacidad limitada. El aparato estatal estaba restringido en cuanto a la extensión geográfica y la variedad de sus operaciones y tenía una base impositiva muy circunscrita y altamente inestable, especialmente en el sector externo.³

Si la teoría no correspondía a la realidad, tanto peor para esta última: la realidad debería ser cambiada a fin de hacerla corresponder a los supuestos de las teorías económicas neoclásica y macrodinámica. Surgieron así dos líneas principales de pensamiento y de política. Por una parte, los representantes intelectuales del viejo orden, quienes sostenían que la especialización tradicional en las exportaciones primarias constituían el mejor “motor de crecimiento”, siempre que los países industriales mantuvieran una alta tasa de crecimiento con pleno empleo. Los beneficios de la especialización y de las ventajas comparativas se transmitirían a otros sectores y se extenderían al resto de la sociedad, de modo que se obtendría eventualmente el desarrollo. Esta línea de pensamiento contrariaba los intereses de los nuevos grupos sociales que estaban emergiendo de la

³ Es obvio que este conjunto de características estructurales, aunque siempre presente en todo el país subdesarrollado, varía ampliamente en sus manifestaciones concretas de un caso a otro, de acuerdo con su peculiar experiencia formativa histórica.

lucha contra el viejo orden: la alianza preexistente de las oligarquías locales y el imperialismo. Las nuevas burguesías nacionales estaban tratando de obtener el control del Estado a fin de captar una mayor cuota del excedente generado por el sector exportador y utilizarlo para promover la industrialización y la modernización en general. Si bien por diferentes razones y en diferentes circunstancias a aquellas enfocadas por Keynes, la teoría macrodinámica proporcionó la racionalización para promover un papel activo del Estado y para considerar la acumulación de capital como la base del crecimiento económico. Los modelos de crecimiento —incluyendo los modelos de acumulación de capital usados en la planificación soviética— y la naturaleza operacional de la macroeconomía en términos de contabilidad social y análisis insumo-producto, constituyeron los instrumentos prácticos para la planificación (o más bien “programación”, el eufemismo que se inventó en vista de la atmósfera de Guerra Fría).

Un conjunto de teorías que criticaban las doctrinas del libre comercio y la especialización internacional y que atribuían el subdesarrollo a la falta de industrialización, proporcionaron la racionalización para establecer políticas proteccionistas, invertir en infraestructura e industrialización y adoptar la planificación (Prebisch, Singer, Lewis, Mandelbaun, Rosenstein, Rodan, Nurkse y otros —ninguno de ellos— hecho interesante, de origen anglosajón). El contraste entre la realidad heterogénea que caracterizaba a los países subdesarrollados, descrita anteriormente, y los supuestos de la teoría neo-clásica conjuntamente con la imagen que proyectaban los países industriales, proporcionaron el fundamento de las políticas de modernización y reforma institucional de la agricultura, la educación, el sistema tributario, la administración pública, el mercado de capitales, etc.

Una versión más radical de este programa para el desarrollo del capitalismo nacional, influida por el pensamiento marxista sobre la explotación interna e internacional, afloraba de vez en cuando, según las condiciones políticas. En este caso, se acentuaba especialmente la necesidad de nacionalizar la inversión extranjera en el sector exportador y en los servicios públicos, de ampliar el rol del Estado en la industrialización, de desarrollar el comercio con los países socialistas, de llevar a cabo una drástica reforma agraria y de extender e intensificar la planificación estatal.

En América Latina, estas diversas líneas de pensamiento cristalizaron durante los años 50 alrededor del trabajo de Raúl Prebisch y de un grupo de jóvenes economistas en la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas. Esta institución llegó a ser una importante base de apoyo intelectual y técnico de los mo-

vimientos y gobiernos progresistas, nacionalistas y reformistas, a lo largo de la región, y el objeto de violentos ataques por parte de los gobiernos latinoamericanos más reaccionarios y del gobierno, los intereses económicos e importantes sectores académicos de los Estados Unidos.

Es fácil ahora, con la ventaja de una mayor perspectiva histórica, enumerar las debilidades y limitaciones de las nuevas políticas de desarrollo propuestas, y seguidas en mayor o menor medida, desde 1950. Pero en una época en que la alianza de los intereses socio-políticos y económicos vinculados con los sectores exportadores primarios, tanto en los países centrales como en los periféricos, era aún muy fuerte, y cuando cualquier amenaza a estos intereses era considerada automáticamente como un complot comunista y duramente reprimida, es conveniente recalcar que estos programas reformistas de carácter social demócrata y nacionalista eran considerados un desafío revolucionario al orden interno e internacional existente.

Todo esto cambió en forma bastante dramática a fines de los años 50, con la Revolución Cubana y la caída de los dictadores Pérez Jiménez en Venezuela, Odría en Perú y Rojas Pinilla en Colombia, así como también con el cambio de la administración republicana de Eisenhower por la demócrata de Kennedy en los Estados Unidos. Estos sucesos políticos agudizaron la crisis del viejo orden primario exportador, que no podía seguir subsistiendo por cuanto se había erosionado sustancialmente su base interna en América Latina, como señalé anteriormente, y también en el plano internacional, como se verá luego. Las alternativas históricas se perfilaban claramente: o bien la revolución socialista, el apoyo total a las nuevas fuerzas sociales que emergían e impulsaban las políticas de modernización e industrialización dentro de un modelo capitalista de desarrollo económico.

Se pensó que este programa económico, más la expansión de la educación, la modernización rural y la urbanización, promoverían la movilidad social y la diversificación de la estructura social, ampliando en particular las clases medias y empresariales, la base social indispensable de una sociedad capitalista moderna. La creación de sociedades burguesas modernas de este tipo facilitaría a su vez el desarrollo de la democracia política, como se practicaba en Europa Occidental y en los Estados Unidos.

Las teorías económicas, sociológicas y políticas del desarrollo, que proporcionaban una versión idealizada de los países que habían alcanzado la etapa del capitalismo industrial moderno, fueron transformadas en programas de desarrollo capitalista en la periferia, en la ideología del desarrollo. *Las etapas del desarrollo económico; Un*

manifiesto no comunista, de Rostow, constituye probablemente la versión más extrema y explícita de la nueva ideología. La "Alianza para el Progreso", la respuesta de las nuevas élites industriales de los Estados Unidos y América Latina a la Revolución Cubana y al establecimiento de un estado socialista en las Américas, era la expresión práctica y operacional de un programa masivo de modernización capitalista.

Cómo se mencionó antes, el contexto de la Guerra Fría, y en especial la Revolución Cubana, junto con los cambios en la estructura del poder interno en América Latina fueron factores fundamentales en la promoción del desarrollo y los programas de modernización en América Latina. Pero además influían otras fuerzas, de naturaleza más económica y global, que apoyaban estos esfuerzos. El surgimiento de los Estados Unidos como la superpotencia en el campo capitalista, con su vasta dotación de recursos naturales y su sistema industrial extremadamente dinámico y expansivo, estaba comenzando a cambiar la naturaleza del orden económico internacional construido por Gran Bretaña y Europa Occidental en el Siglo XIX. Después de la Segunda Guerra Mundial, la gran expansión de la inversión americana en el exterior se concentró en las manufacturas y en los servicios comerciales y financieros relacionados con este sector, antes que en los productos primarios, excepto el petróleo. Institucionalmente, este es el período de la fenomenal expansión de las corporaciones transnacionales. La Alianza para el Progreso y en términos más generales, el desarrollo, representan por lo tanto la alianza para el progreso de las nuevas élites industriales transnacionales del centro y las élites modernizantes de los países periféricos.

Durante algunos años, a principios de la década de 1960, los esfuerzos para el desarrollo nacional e internacional parecían estar en el camino hacia una aceleración de la industrialización, la modernización, la urbanización, la movilidad social, la descolonización y la democracia política en los países que por entonces eran llamados "subdesarrollados", y que luego fueron rebautizados como países "en vías de desarrollo". Las palabras de Marx: "el país más desarrollado sólo muestra a los menos desarrollados la imagen de su propio futuro" parecían estar en vías de ser verificadas por la historia.

Pero el historial del desarrollo durante los años 60 y principios de los 70 resultó más ambivalente que el optimismo alentado por el logro de tasas de crecimiento económico, industrialización y urbanización sin precedentes. Si bien se suponía que el crecimiento económico acelerado aumentaría las oportunidades de empleo, pronto se hizo evidente que el subempleo y el desempleo, particularmente en las áreas urbanas, estaba creciendo en forma dramática, creando

candentes problemas de pobreza urbana. En parte como consecuencia de este fenómeno, pero también debido a la gran concentración de la riqueza, el ingreso y la educación superior en manos de pequeñas élites empresariales y profesionales, el crecimiento económico acentuó la desigualdad del ingreso. Si bien la expansión y diversificación industrial había llegado bastante lejos en muchos países, los beneficios asociados históricamente con la industrialización en los países desarrollados no se hacían presente. En vez de contribuir a la diversificación de la estructura de las exportaciones, los productos primarios continuaron predominando. En vez de contribuir a la formación y fortalecimiento de la clase empresarial local, las subsidiarias de las corporaciones transnacionales acapararon las actividades industriales más dinámicas y las empresas de mayor tamaño. Con el creciente control extranjero de la industria se introdujeron aceleradamente innovaciones de alta y creciente intensidad de capital que contribuyeron a incrementar el consumo conspicuo, el desperdicio del capital existente, el aumento de las importaciones y otros gastos en moneda extranjera. Ante la imposibilidad política de llevar a cabo reformas estructurales en las áreas rurales, la modernización de la agricultura aumentó el rendimiento y la productividad por hombre en los grandes predios, generando rentas adicionales para la clase terrateniente, y contribuyendo a la desintegración y al estancamiento de las comunidades rurales y de los pequeños propietarios, acelerando la emigración rural. El mismo fenómeno de "subsidiarización", modernización y expansión de las empresas mayores, y la consiguiente desorganización, desplazamiento y estagnación de las firmas nacionales más pequeñas, con la resultante polarización social, puede apreciarse en mayor o menor grado en cada rama de la actividad económica: comercio, construcción, finanzas, transporte, medios de comunicación, etc., tanto en el sector público como en el privado.

El creciente desempleo urbano y la polarización social condujeron a una acentuación de las políticas "sociales": nuevos intentos de introducir impuestos progresivos, crecientes gastos gubernamentales en educación, vivienda y servicios de salud, programas especiales en apoyo de las clases urbanas más pobres, políticas regionales para áreas postergadas. Dadas las situaciones estructurales y los procesos subyacentes que estas políticas intentaban remediar, sus efectos fueron, en el mejor de los casos, insignificantes y en el peor, una contribución a las tendencias negativas arriba enumeradas.

Los desequilibrios macroeconómicos de las economías embarcadas en estos programas de desarrollo llegaron a ser cada vez más dramáticos durante la última década. Los gobiernos habían estado expandiendo fuertemente sus gastos y actividades, mientras sus ingresos con-

tinuaban derivándose en gran medida de un sector externo relativamente estancado y altamente inestable con la consiguiente crisis fiscal. Del mismo modo, los pagos externos en cuenta corriente y de capital se elevaron rápidamente con el aumento de las inversiones, el consumo, la propiedad extranjera y la deuda externa pública y privada, mientras la estructura exportadora permanecía esencialmente inalterada y con escaso dinamismo. El crecimiento de la población y el ingreso urbano frecuentemente sobrepasaron el aumento de la producción rural comercializable. Estos y otros desequilibrios alimentaron la inflación interna y las crisis de balanzas de pagos, aumentando aún más el endeudamiento externo. La crisis económica agudizó las tensiones sociales y políticas, y ello se tradujo con frecuencia en la instalación de gobiernos autoritarios, que han procedido a aplicar severas políticas deflacionarias, adoptando medidas fuertemente represivas contra las clases populares. El desarrollo, en vez de aliviar represiones y de facilitar la democracia política, de hecho agravó la polarización socioeconómica y cultural y acentuó el conflicto político.

Enfrentado con esta situación inesperada, el pensamiento sobre el desarrollo tomó dos direcciones opuestas. Una argumentaba que esta no era sino la consecuencia inevitable de la transición hacia el desarrollo en el futuro. La otra elaboró una crítica radical, sugiriendo que el desarrollo capitalista en la periferia no reproduciría el camino que siguió en el pasado en los países ahora desarrollados, y que su actual crisis no sería superada insistiendo en políticas de desarrollo del mismo tipo. La primera aproximación es obviamente aquella que aún siguen la mayoría de los expertos en todo el mundo. Pero si bien el pensamiento sobre el desarrollo en los círculos académicos, especialmente en los países desarrollados, continúa basado en gran medida en el paradigma de la modernización; como consecuencia de la dinámica interna —o más bien de la estadística interna— del mundo académico, el pensamiento sobre el desarrollo en América Latina comenzó a cambiar radicalmente a mediados de los años 60, particularmente entre algunos científicos sociales que habían estado íntimamente comprometidos con las políticas y la planificación del desarrollo.

Para comenzar, resultaba cada vez más claro que había existido una reificación de la economía en el pensamiento sobre el desarrollo, llegando prácticamente a la exclusión de las otras ciencias sociales. Pero si este era claramente el caso, la solución —que había sido practicada hasta cierto punto— no consistía en colocar las otras disciplinas al lado de la ciencia económica —una suerte de enfoque interdisciplinario por agregación. El problema es mucho más profundo y tiene que ver con el paradigma funcionalista y estático de

todas las ciencias sociales modernas: el estudio del funcionamiento económico, social y político de una sociedad nacional, atendidas las condiciones histórico-estructurales del moderno capitalismo urbano-industrial. El problema del desarrollo, por el contrario, comenzó a percibirse cada vez más como el estudio del cambio sociocultural producido por la expansión del modo capitalista, de producción dentro de formaciones sociales semi y/o precapitalistas. Se comenzó a advertir además que el propio capitalismo moderno estaba sufriendo cambios significativos bajo la influencia del nuevo rol central desempeñado por el sector de los intereses transnacionales, en simbiosis con el Estado, en el proceso de acumulación de capital, de innovación tecnológica y de manipulación de la demanda en un escala global. El estudio del desarrollo, por lo tanto, requiere necesariamente una mejor comprensión de la dinámica del capitalismo contemporáneo, tanto en su núcleo central como en sus periferias, así como en sus relaciones recíprocas. Por último, pero muy importante, porque es un hecho históricamente inédito, en sus relaciones con el campo socialista.

En otras palabras, se hizo evidente que la unidad de análisis del desarrollo no podía ser el estado-nación en forma aislada. Aunque es obvio que debemos concentrarnos en el estudio del país en el que estamos interesados, su peculiar proceso histórico de desarrollo nacional debe ser colocado en el contexto de la evolución del capitalismo global, y de sus manifestaciones locales o internas. Estas han constituido típicamente un conjunto crucial de factores determinantes que a largo plazo han provocado profundos procesos de transformaciones estructurales. El establecimiento de las colonias, la lucha contra los colonizadores, la descolonización, el desarrollo de las exportaciones de productos primarios, la inversión extranjera en las manufacturas locales, los efectos de las guerras mundiales y de las crisis, las transferencias de instituciones extranjeras y de la cultura en general, son todos fenómenos que juegan un rol central en la evolución histórica de los países subdesarrollados.

Aunque hayan sucedido en épocas diferentes y tomen diversas formas y aspectos, estos y otros fenómenos similares constituyen el legado histórico común de la dependencia en nuestros países y las reacciones que desencadenan dependen por supuesto, y básicamente, de la naturaleza de las sociedades preexistentes y de su respuesta a las manifestaciones internas de los estímulos externos. Por lo tanto, entre los países subdesarrollados hay elementos comunes así como grandes diferencias. Una perspectiva global o eurocéntrica tiende a subrayar la homogeneidad; la perspectiva nacional, por el contrario, subraya

la heterogeneidad y la singularidad. Ambas perspectivas son sesgadas y deben complementarse mutuamente.

El creciente cuerpo de literatura sobre la evolución histórica de países y regiones en América Latina, África y Asia, en el contexto del desarrollo del capitalismo global, está arrojando una nueva luz sobre la naturaleza real del proceso de desarrollo. La historia económica y social ha recibido de hecho un gran estímulo en la última década como consecuencia de las preguntas planteadas por la crisis del desarrollo, y la historia comparada ha sido un ejercicio particularmente útil para una mejor comprensión de los procesos de formación de situaciones contemporáneas. Este no ha sido un ejercicio puramente académico, la historia por su propio provecho, sino un instrumento esencial para la interpretación de los sucesos actuales.

La reincorporación de la dimensión histórica dentro del pensamiento sobre el desarrollo tiene otros efectos altamente positivos. En lo que respecta a la economía, ha tenido la saludable consecuencia de forzar la adaptación del aparato analítico, conceptual y teórico de la disciplina económica a la presente realidad histórica, en vez de lo contrario. La teoría convencional micro y macro económica está siendo reformulada en un esfuerzo para abstraer variables y relaciones *relevantes* y un esfuerzo correspondiente se está realizando para elaborar nuevas categorías operacionales en términos de marcos de referencia estadísticos *apropiados*.

La recuperación de la dimensión histórica ha puesto también en claro que la especialización disciplinaria de las ciencias sociales bajo el paradigma funcionalista, las ha hecho inherentemente incapaces de captar la naturaleza del proceso de desarrollo. Esto no pretende negar su utilidad para el análisis de situaciones parciales concretas, donde los supuestos y las realidades no están tan alejadas, pero llegan inevitablemente a constituir ideología cuando son usadas para interpretar el desarrollo de la sociedad como un todo.

El marco analítico de la economía política clásica, y particularmente el marxismo, si bien no es enteramente satisfactorio al menos va en la dirección requerida para analizar el desarrollo: globalismo y totalidad. Pero al mismo tiempo, para ser verdaderamente útil, este marco analítico requiere especificidad histórica, esto es, el análisis de las características estructurales de una sociedad en un lugar y tiempo determinado, puesto que estos son los determinantes del funcionamiento y desarrollo de tal sociedad. En otras palabras, el modo de operación de una economía capitalista, aun si presumimos que las leyes básicas del desarrollo capitalista no cambian, varía bajo diferentes arreglos institucionales y tradiciones culturales. El desarrollo capitalista no es, como nos quisieran hacer creer los modelos de cré-

cimiento macrodinámicos, un proceso expansivo de tipo mecánico, donde todo el futuro está determinado por un conjunto inmutable de condiciones iniciales.

Por el contrario, como lo indica la experiencia de cualquiera que haya participado en la formulación y aplicación de políticas de desarrollo, el desarrollo capitalista tiene lugar dentro y en interacción con formaciones precapitalistas y/o con formaciones capitalistas anteriores. Su naturaleza expansiva requiere una profunda reorganización de la sociedad, con nuevas fuerzas sociales que reúnan el poder y la energía necesarios para desafiar a los grupos dominantes existentes y para apoderarse de las instituciones que regulan la generación, apropiación y utilización del excedente económico. El crecimiento económico implica en la estructura social, una redistribución del poder político, transformaciones institucionales y culturales, y éste es un proceso dialéctico y conflictivo. No sólo debe haber cambios estructurales e institucionales, sino que estos cambios se obtienen a través de la confrontación. El Estado, el principal instrumento legitimado de la fuerza y el poder, es por ello normalmente el campo de batalla crucial de los diferentes grupos sociales.

En otras palabras, el Estado constituye un factor central en el proceso de desarrollo y es el instrumento político básico del cambio, particularmente en los países subdesarrollados donde es el medio fundamental para lograr una creciente participación en el excedente generado por el sector externo, y para su reasignación a los nuevos grupos sociales dominantes. La pobreza de las ciencias sociales, en particular de la economía, incluyendo en este caso la economía política clásica, en el tratamiento del rol del Estado, ha sido sin duda una de las mayores debilidades de la teoría del desarrollo. No es sorprendente, por lo tanto, que haya llegado a ser una preocupación tan fundamental en años recientes.

El fracaso para percibir el desarrollo como desarrollo capitalista, la ignorancia de la historia del desarrollo capitalista, tanto en el centro como en la periferia, la falta de reconocimiento de las características peculiares del capitalismo contemporáneo, y la ideología de la modernización, son algunas de las razones fundamentales de la sorpresa con que los especialistas en desarrollo han recibido los resultados del desarrollo: crecimiento económico con desempleo creciente, polarización y desigualdad en aumento, nuevas formas de dependencia, regímenes autoritarios. Las anteojeras ideológicas del paradigma de la modernización dirigen toda la atención hacia los aspectos positivos y *ex post del desarrollo capitalista, tratando sus resultados finales* —altos niveles de vida, moderada desigualdad, estilos de vida urbano-industriales, democracia política— como *medios* para el desarro-

llo; la historia real del desarrollo capitalista puesta patas arriba. El desarrollo capitalista, como Schumpeter señaló tan acertadamente hace mucho tiempo, es un proceso de "destrucción creativa". Conviene tal vez recalcar que cuando Europa Occidental estaba siendo industrializada durante el Siglo XIX, una proporción sustancial de su población no sólo debió dejar el campo, sino que tuvo que emigrar a ultramar. Alrededor de 60 millones de personas dejaron Europa entre 1840 y 1920, en tanto que su población total en 1900 era de solo unos 300 millones. Bajo las condiciones presentes de rápida expansión mundial de un capitalismo oligopólico altamente dinámico, innovador y de gran intensidad de capital, los efectos destructivos del desarrollo son particularmente severos, contribuyendo a acentuar las desigualdades y desniveles, tanto dentro como entre los países centrales y periféricos.

Dos décadas de crecimiento económico sin precedentes en la economía capitalista también han tenido de hecho algunos efectos no anticipados sobre los mismos países industriales, produciendo fuertes reacciones críticas: alineación, consumismo, desperdicio, concentración de poder, destrucción del medio ambiente, burocratización, pérdida de empleos debido a la transferencia de industrias al extranjero, etc. La depresión reciente, extrañamente unida a la inflación, la crisis monetaria internacional, la incertidumbre con respecto al futuro del crecimiento económico, la creciente ineficacia de las políticas keynesianas, la relativa declinación del control sobre los recursos naturales del mundo y la creciente preocupación acerca de su disponibilidad, la amenaza del socialismo en Europa y los países dependientes, son todos fenómenos que contribuyen a arrojar serias dudas acerca de si los así llamados países desarrollados son realmente un modelo ideal de desarrollo.

Dichos países también están enfrentando ahora profundos problemas de desarrollo; estos problemas no son sólo nacionales sino globales, no son sólo económicos sino sociales, culturales y políticos. Como consecuencia de ello, las preocupaciones de los científicos sociales en los países industrializados están comenzando a dirigirse otra vez hacia lo que constituía el tema central de la economía política clásica en el Siglo XIX y del pensamiento sobre el desarrollo en los últimos años: el desarrollo del capitalismo.